



CENTRO DE ESTUDIOS HISPANICOS
K.U. LEUVEN

EMBAJADA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

HOMENAJE A JULIO CORTAZAR



1914 - 1984

una gran tertulia de cronopios. No se culpe a nadie si hemos tardado tanto. Aquí les ofrecemos una oportunidad. A cada uno y cada una de ustedes va nuestra invitación para participar en el grupo de trabajo, valga la exageración del vocablo.

Como veo que mientras tanto la casaestá ya completamente tomada, el modelo armado, la rayuela del día dibujada y los conferenciantes y participantes todos presentados, me queda sólo por repetir -ahora ya textualmente, y no en paráfrasis ni por juego de palabras- una de las divertidas historias de cronopios, famas y esperanzas, aplicándola "iuxta modum". El título dice:
"Haga como si estuviera en su casa."

Una esperanza se hizo una casa y le puso una baldosa que decía: "Bienvenidos los que llegan a este hogar". Un fama se hizo una casa y no le puso mayormente baldosas. Un cronopio se hizo una casa y siguiendo la costumbre puso en le porche diversas baldosas que compró o hizo fabricar. Las baldosas estaban colocadas de manera que se las pudiera leer en orden. La primera decía: "Bienvenidos los que llegan a este hogar." La segunda decía: "La casa es chica, pero el corazón es grande." La tercera decía: "La presencia del huésped es suave como el césped." La cuarta decía: "Somos pobres de verdad, pero no de voluntad."

Lo que decía la quinta baldosa, no lo quiero repetir. Me atengo a las cuatro anteriores, pero las digo con toda la amistad de la Embajada de Argentina y de este Centro de Estudios Hispánicos.

Inés MALINOW

J U L I O C O R T A Z A R
E N O R M I S I M O C R O N O P I O

Para citar este artículo: Malinow, Inés. "Julio Cortázar enormísimo cronopio". *Homenaje a Julio Cortázar*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 0, De Paepe, C. y Rodríguez, L. (eds.). 1985, pp. 17-30. ISSN 1784-5114.
Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

Los que hemos estado aquí reunidos -y acaso, añado, los que lean estas líneas- han de recordar el texto de Julio Cortázar "Silvia" aparecido en Ultimo round "Silvia" es la historia de una muchacha que, en aquel grupo de Saignon, reunido por última vez antes del viaje de muchos a distintos países, es amada por el dueño de casa. La pasión es tan violenta como difícil de clarificar: cuando todos parten, no se sabe si Silvia vino con ésta o aquella familia.

"Silvia" es la historia de una muchacha que, en aquel grupo de Saignon, reunido por última vez antes del viaje de muchos a distintos países, es amada por el dueño de casa. La pasión es tan violenta como difícil de clarificar: cuando todos parten, no se sabe bien si Silvia, para mí, constituye uno de los más bellos relatos de Cortázar y acaso un símbolo de lo que crea un grupo. Porque Silvia se sintió, pero a Silvia nadie puede atribuirle una explicación lógica. He sentido que en esta Jornada de la Universidad Católica de Lovaina, entre todos hemos conformado una "Silvia". O sea una realidad difícil de explicar pero que nos tuvo a todos unidos durante las horas en que cada uno de los conferenciantes pronunció su alocución y resultó algo tan único como puede ser un amor violento o una amistad...

Lo conocí a Julio Cortázar en 1949. Era el Gerente de la Cámara Argentina del Libro en Buenos Aires y esa entidad me premió con la publicación de mi primer libro de poemas. En esa ocasión, iniciamos como una amistad, ambos eramos tímidos y no entendíamos demasiado del comercio literario... El era Gerente, yo poeta. Poco después, nos encontramos en algunos cafés de Buenos Aires, el LONDON, de Av.Mayo y Perú -donde el escritor colocaría el comienzo de Los Premios, su novela de 1960- y en el BOSTON, un café inmenso, largo como esperanza de pobre, donde charlamos no sabíamos bien de qué. Después me fui a Catamarca como profesora y recibí alguna carta con detalles de publicaciones o algo así; Cortázar, a su vez, sería editado en una pequeña antología Poetas del Río. Entonces le pedí que intercediera por mí para publicar algún poema de mi pertenencia. Me respondió que en el proyecto solo había vaguedades. Sin embargo, entonces, me hizo llegar Los Reyes

Y dos tomos manuscritos de poemas, firmados por un seudónimo, Sergio DENIS. Cortázar, parece, tenía dos personalidades, y prefería que cada una se manifestara con otro nombre. Estos poemas no creo que fueran aprobados por el mismo Cortázar. Se trataba de unos versos elegantes, frios, neoclásicos, con mucha mención de mitos griegos. Por ese entonces recibí también y muy correctamente fotocopiados las Historias de cronopias y de famas. Ya conocía su Bestiario, del 51. Y lo admiraba.

Al poco tiempo -1952-, en la revista Buenos Aires literaria, apareció un artículo "Louis Armstrong, enor-mísimo cronopio". Era un encendido elogio de Armstrong, en un concierto que había ofrecido en la Salle Pleyel de París. Comenté ese artículo con Cortázar, de paso por Buenos Aires, y charlamos con otros amigos sentados en Barrancas de Belgrano, sobre el césped. Recuerdo que estuvo presente Ana María Barrenechea. Regresó Cortázar a París, ya estaba lejos de la Argentina, al menos en kilómetros físicos. La otra distancia, no existió nunca, creo.

Así comenzó una amistad con Cortázar, pertenecí a un grupo en el que todos éramos amigos de Julio, por las más diversas razones, claro. Pienso que lo importante, en mi caso, era la admiración. La primera edición de Bestiario tardó varios años en agotarse, yo poseía uno de los primeros ejemplares. Lo vi crecer a Julio, irse de la pecera que era la Argentina y transformarse, como en su cuento "Axolótl" en el hombre que es el batracio y que observa todo desde afuera aunque conoce el acuario desde adentro. Les aconsejo, si me permiten, releer este texto desde la perspectiva de la pecera -la Argentina- y el pececillo o batracio del género amblistoma. Este batracio doble que es él y el otro, quizás testimonia la dualidad del intelectual y del luchador, actitudes que coinciden en Cortázar, sobre todo en los últimos veinte años de su vida.

Y fue ese fragmento de su existencia lo que muchos apreciaron, lo que lo llevó sin duda a su renombre internacional, sin que esto signifique que su enorme calidad literaria no le hubiera abierto paso de la misma manera. Pero nuestro siglo es época de asaltos: como "Gabo" (García Márquez), como Vargas Llosa, la trascendencia no está solo en la literatura. También, este batracio de "Axolótl" -cuento después recogido en Final de juego (1964) puede mirar su realidad lejana pensando en Europa, en París, y por qué no en su Bruselas natal. Así dirá: "... desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos". También este hombre le responde al guardián del acuario que le expresa que de tanto mirar al batracio "se lo come con los ojos". "No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia". La pecera es la Argentina, Europa está lejos pero él se siente atraído por ambas realidades, no podrá nunca separarse de ninguna, americana, latinoamericana y europea desde que comprende la fascinación de un destino hecho de parecidos y de diferencias.

Si reflexiono en Cortázar, para encerrarlo en una definición, si fuera necesario, lo ajustaría en ese título "Enormísimo cronopio" a este Axolótl bifronte, a este Janus que vivió dos realidades. Y no debemos olvidar que la sucesión de mundos, esa experimentación inquietante de dos tiempos y dos espacios se reitera en tantos de sus cuentos, de los que basta mencionar "El otro cielo" para saber que esa doble vida, esa simultaneidad, no se ocultó jamás de la personalidad cortazariana.

Yo no había conocido Bélgica sino en paseos menores: ahora que trabajo en ella me animo a decir que a veces encuentro por la calle a hombres altos, con cabeza pequeña de niño, que acaso hallo similares a Cortázar. Y fue la

sorpresa de visitar la casa en que nació, en Ixelles, y donde muy pronto pondremos una placa, lo que más me emocionó, porque se trata de un departamento amplio, que según me explicó la amabilísima propietaria actual, es un departamento "a la francesa". Lo que más me emocionó, repito, fue el parecido que hallé entre ese departamento y aquel último de la rue Martel en que habitó el escritor, en París. Es fácil decir que son coincidencias, pero son esas coincidencias las que forman el tejido de los días; acaso Cortázar no lo supo nunca pero el departamento amplio y claro en el que nació lo llevó a hallar otro similar en el corazón de París: muros altos, espacio para bibliotecas, sitio para el silencio y la amistad. Y este enormísimo cronopio tuvo a veces la ingenuidad implícita de los Famas "que son capaces de gestos de una gran generosidad como por ejemplo cuando este fama encuentra a una pobre esperanza caída al pie de un cocotero. El fama se siente muy bueno, solamente que no se le ocurre pensar que dentro de pocos días la esperanza va a caer otra vez del cocotero, este fama en su club se siente muy bueno y piensa en la forma en que ayudó a la pobre esperanza cuando la encontró caída". No es fácil definir a un cronopio, pero nos dice Cortázar en "filantropías": Los cronopios no son generosos por principio. Pasan al lado de las cosas más conmovedoras, como ser una pobre esperanza que no sabe atarse el zapato y gime, sentada en el cordón de la vereda... Con seres así no se puede practicar coherentemente la beneficencia, por eso en las sociedades filantrópicas las autoridades son todas famas, y la biblioteca es una esperanza. Desde sus puestos los famas ayudan muchísimo a los cronopios, que se ne fregan". Esta sociedad dividida en tres, con los famas tan burgueses, las esperanzas hechas para vivir y padecer o ser bibliotecarias y los cronopios que se ne fregan, se presta a otras aclaraciones cortazarianas: "los famas son buenos y las esperanzas bobas. Cuando un cronopio canta -y yo añado escribe o politiza- las esperanzas y los famas acuden a escucharlo aunque no

comprenden mucho su arretrato y en general se muestran algo escandalizados". En este mundo tripartito, cada uno se complementa con el otro, Cortázar Cronopio tantas veces pero también fama y su poco de esperanza o su mucho. Nunca se sabrá. Y es, justamente, sobre el departamento de la rue Martel que quiero contarles, en el día más triste de París, aquel 12 de febrero de 1984, en el que estuve presente. La nota apareció en LA GACETA de Tucumán, el 18 de marzo de 1984.

" París, 12-2-84

Hoy a la mañana murió Julio Cortázar. Sabía que su estado era casi desesperante. Cuando llegué a su departamento de la rue Martel, susurraban unas quince personas en la sala -comedor-cocina, aunque resultaba extraña la cadena de inodoro junto al timbre de la puerta y un cartel de Jarry, pegado a la entrada: aludía a la locura, a la vida.

Pregunté en voz muy baja: ¿Cuándo lo traen? ¿Cuándo son las exequias, el velatorio, todo eso? Está aquí, me dijo un amigo. No lo suponía. Entonces atravesé dos puertas -a la izquierda el baño, largo y repleto de frascos desprolijos dentro de la enorme pulcritud de todo- encendí la luz y en su cama, yacía un adolescente gigantesco. La cabeza un poco hacia la derecha, dormía sin duda con un suéter beige. Un pañuelo negro de seda le abrigaba la garganta. Estaba cubierto con una colcha de piel. A su lado, un ramo de rosas. Los pies le sobresalían unos buenos veinte centímetros. Julio, el rostro flaco y juvenil, la barba oscura, nadie podría ver en ese muchacho al hombre de 69 años que habla muerto al mediodía, en el hospital Saint Lazare y ahora reposaba en su habitación de siempre. Un tomo de poesía "Rubén Darío, obras completas", sobre la mesa de luz. Un reloj despertador, encerrado en su estuche de cuero rojo. Nada más. Al otro lado de la cama y enfrente, una estantería repleta de libros, los libros por otra parte, eran los habitantes de la casa, centenares, quizás miles

" de libros acompañando al gran escritor. Un cuadro abstracto, un óleo sobre la cama, pechos de mujer con pezones prominentes, o montañas, lo seducían. Me senté a su lado largo tiempo, le besé la frente, despidiéndome. Sentí que la vida aún se escapaba, como en el revés de las hojas de las begonias.

La barba casi sin una cana, apenas algún cabello blanco entre el pelo revuelto y bastante largo: parecía haberse mesado los cabellos. Estaba desordenado allí en las sienes, quizás fue él, cuando pedía a gritos "Un calmante". "Un calmante, por favor". Enfermo de leucemia desde hacía tres años, murió de un paro cardíaco: en el hospital, no hubo forma de conseguir oxígeno, luego de discusiones e insistencias, un médico interno acudió con el calmante.

"Julio no se quejaba nunca", sollozó un amigo. Entonces se serenó. El gobierno francés en dos oportunidades envió delegados para asegurarse de que el escritor Julio Cortázar estaba bien atendido. Bien atendido, pero la desidia del domingo se tomó revancha.

Se había internado hacía pocos días para un examen general, según él decía. ¿Supo que su enfermedad era incurable?

"Tuvo la elegancia de no hacérselo saber" comentó un amigo. Vinieron de Cuba, una delegación: allí lo curaremos, decían.

"No quiero ir a ninguna parte", expresó Julio. Estaba bien, cuidado, acompañado cuando lo deseaba: Julio Silva, Tomasello, Yurkievitch, Aurora Bernárdez, su primera mujer. No quería ver a nadie, no quería más radiografías, más exámenes: en cuanto recuperaba la tranquilidad hacía bromas, leía, era el Julio de siempre.

En su cuarto de trabajo, aunque toda la casa era un cuarto de trabajo, 140 metros para un cuarto de trabajo, en el escritorio y en todas partes, cartas. De amigos, de amigas. En el escritorio, arriba de otros papeles, una carta abierta. Una mujer le decía algo así: "Estoy triste y pienso en tí, hay hojas en le bosque, qué bien un abrazo cordial cuando hubo una tormenta. Tuya". Y venía un nombre. En unas páginas de su último tomo dedicado a Nicaragua, habla

" de su encuentro con Ernesto Cardenal: "Qué bien que estés ahí, Ernesto, me parece que nadie me quiere tanto. Y qué bueno que me reconozcas, me parece que nadie me reconoce, un abrazo qué bueno Ernesto". Pareció a las palabras de la mujer, habla impuesta sin duda su estilo aún a sus afectos y le escribían cartas que él mismo hubiera podido firmar.

Regresé al salón: en voz muy baja conversaban algunos. Osvaldo Soriano, Julio Silva. Otros se tomaban de la mano, los ojos llenos de lágrimas, algo tremendo había ocurrido, la casa rechazaba el hecho, envuelta en su alegría. Se veían objetos de tersa factura. Sobre la chimenea del living, un huevo de mármol, con una mujer acurrucada sobre la superficie, algo similar a "La Tierra y la Luna" de Rodin, pero más nuevo. Y un árbol de la vida, mejicano, con Adán y Eva en papier maché. En los estantes, cajitas increíbles, todo un guiño al visitante: por ejemplo una lámpara pequeña, con los brazos de un hombre que salían de cada lado de la base cuadrada: entre dos libros, postales con dragones, en una mesa de dibujo, un espejo apoyado sobre un mármol y enfrente, mirándose, una escultura de un adolescente desnudo. "En las horas de trabajo, las visitas al carajo", sentenciaba a lo Vizcacha un cartel. Todo armónico, en las paredes, en los espacios que dejaban libres las estanterías repletas de volúmenes. Cerca del escritorio -una mesa de pino- diccionarios, en varios idiomas, españoles, franceses, ingleses, un diccionario de símbolos, numerosísimos tomos de la colección Penguin sin duda admirados en la juventud. Compartió este departamento con Carol Dunlop, habría libros también de ella. En cualquier rincón, la cultura, la broma, Julio dibujaba en sus ratos libres ¿cuáles? Los ratos libres en los que no viajaba o contestaba cartas o estaba con amigos o escribía libros. Su gran causa, la de la indignación.

"Este año me retiro, un año sabático, para mí", había dicho sin embargo. Quería parar, basta. El tono general del departamento, el beige, alfombras neutras, moquettes, algunas de cáñamo, de algodón indio, nunca la ostentación, siempre el lugar para echarse en el suelo junto al amigo que habla o a la música que suena. Porque también el gran habitante de la casa es el sonido: centenares de discos, en orden, por países o géneros, en estanterías. En el cuarto de trabajo, equipos de música. En los otros también.

Tuvo un estudio en la rue de Savoie. Pequeño, le gustaba sin duda la intimidad, un gran solitario junto a los otros. Antes, en la place du Général Beuret, en Vaugirard, en otras calles. Pero este departamento de la rue Martel fue el producto de largas búsquedas, el barrio tenía la virtud de la cercanía del matonaje de la Porte St. Denis y las numerosas callejuelas que lo devoraban, tal como en "El otro cielo". Así lo encontró Cortázar, en el cuarto piso, en el tercer cuerpo de un edificio destinado ahora a talleres de confección. Allí, bien alto y sin ascensor, acaso entre ruinas, halló finalmente el espacio que ansiaba. Lo arregló, integró la cocina al living, todo encalado en blanco junto a muebles de pino. Inquieto, torturado, Julio amaba a distintas mujeres, a causas violentas, pero él, ¿en qué rincón se quedaba? ¿Dónde ubicaba su diccionario de símbolos, sus miles de libros llegados desde todas partes, todos con dedicatorias calurosas: "Hermano, para tí, con mi mayor afecto", decían siempre las primeras páginas.

Escritores de América Latina, su gran amor, acaso su auténtico amor, todo el resto una excusa para oír música -en el cartón que indicaba los discos de Polonia se veía dibujado un corazón-, y luego de los cigarrillos, el silencio de quien no tiene más bienes que su inconformismo. O a Satchmo con su instrumento, allí entre los estantes. Y siempre escaparse, querer, buscar,

"avanzar por el mundo consumiéndose, regresar al departamento color arena a tirarse sobre cualquier parte, su cuerpo de adolescente enorme, sin poder acomodarse nunca. Y amando a su patria, a la Argentina: en un anaquel, libros de cocina, una señal sobre una página: Carbonada criolla. Tuvo en el hospital un antojo: choclo, entero, quizás como en los mercados y ferias argentinos. Sus amigos pudieron encontrarlo, esa mañana comió, él que había perdido el apetito, choclo, acaso recordaba Mendoza o la provincia de Buenos Aires, donde él asistió, allá por el 40 y pico a unos Juegos Florales y un participante recitó:

Y en la fuente de Hipocrene,
yo me bañe como un nene.

Era una anécdota que Julio me contó en el 50.

El lunes 13 llegó más gente, una delegada de las Madres de Plaza de Mayo, ella también sumida en la pena. Junto a Julio, ubicó un lirio blanco, de largo tallo. Algún otro ramo se fue sumando a las rosas de la vispera, dos camelias blancas aparecieron en un vaso, "siempre recordará a Buenos Aires por sus jazmines", había dicho Julio en la última visita. A las 20.20 del lunes, o sea a las 16.20 hora de Buenos Aires, llegó un telegrama del presidente Raúl Alfonsín. Recordé que lo había visto por última vez a Julio en el Teatro Margarita Xirgu, durante una función de Teatro Abierto, en diciembre de 1983, una noche en que se leyó -texto de García Marquez- lo que se sabía con respecto a la muerte de Haroldo Conti. Creo que fue la primera lectura pública con detalles, fechas, horas, lugares. Julio llegó a eso de las 23.00, muy flaco, muy contento: una ovación impresionante lo hizo ponerse de pie, estaba junto a Pérez Esquivel, junto a Osvaldo Soriano, al Embajador de Cuba, a Solari Irigoyen. Nos abrazamos con Julio, ahora con la barba juvenil de los últimos años de su vida. Cambiamos frases cordiales, amistosas. "Por ahí nos vemos en París", dije. Me miró con ojos extraños. No sé si invento, parece irremediable, su voz tembló algo: "Por ahí nos vemos", dijo. No nos vimos. Pensaba regresar a la Argentina en marzo del 84.

" Llegaron otras delegaciones, parientes de desaparecidos de América Latina, en todos afecto, reconocimiento. Los amigos nos turnamos para acompañar los visitantes a la cámara fúnebre, una mujer y su hija estuvieron de pie cerca de 40 minutos, la chica leía a Darío, acaso ellas nicaragüenses, un homenaje sin duda, similar al de la madre que, finalmente, lo besó con gran respeto en la mejilla izquierda. Apagué la luz. "Parece que alguien le sacó fotos", se comentó. Quizás fue cierto: alguna foto anda por ahí, lo muestra yacente, flaco, joven, un rostro nazareno, de pibe.

Al anochecer llegaron, desde Roma, Italo Calvino y su mujer argentina, amigos de toda la vida. Ahora habla más gente, nada excepcional, lo común en la muerte de cualquiera. Se ocultó de alguna manera este lugar en el cual había vivido Julio, la rue Martel era su castillo fuerte, también para la muerte. El teléfono sonaba insistentemente: de México, Monterroso, amigos de Alemania, querían detalles, presentaban su pésame. De nuevo la gente, en ese larguísimo atardecer del lunes -París exhibía luz y sol, casi como en primavera- reiteraba su dolor, su sorpresa. "Su madre tiene 90 años, Julio debía vivir hasta esa edad, el padre también había sido longevo", comentó alguien. No hubo café, para nadie, no fue nunca un velatorio, siempre una espera. Se supo entonces que el entierro sería el martes a las 11.15, el encuentro en la puerta Quimet del cementerio de Montparnasse. A las 23.30 la última noche de Julio en su casa, se hizo el silencio: los amigos se tiraron en un sillón, se cerraron las persianas. Afuera luna llena y estrellas, Julio Cortázar en su departamento, junto a Jarry y a sus discos. La máquina eléctrica, una pequeña Olympia, abierta, en su escritorio. Algún cheque sobre los papeles. Escritos, cartas, todo en silencio. El afiche junto a Carol, el mismo que anunciaba el libro escrito entre ambos, para ambos.

" El martes 14, en el cementerio de Montparnasse, la empresa fúnebre fue puntual: mucha gente esperaba, ahora sí, unas docientas personas, escritores y críticos conocidos, Claude Couffon que lo había despedido en "Le Monde", Paul Verdevoye, argentinos. Llegó el coche fúnebre, algunas coronas "Sus amigos de UNESCO", otras de relaciones personales, el cortejo se inició. En primera fila los amigos, Aurora, el pequeño grupo de esos días de duelo a quienes el director de la empresa funeraria denominó "la famille". Jóvenes, en todo momento hubo muchos jóvenes, cabezas con canas, las menos, sólo amigos jóvenes, a los que él llamaba "hermanos" cuando los abrazaba, como aquella noche en Teatro Abierto.

Se inició el cortejo: a los cincuenta metros el coche se detuvo. La ceremonia fue breve: cuatro hombres de uniforme bajaron el ataúd de cedro tal como los dibuja Magritte, sombrío e increíble. Lo depositaron en una tumba abierta. Nos acercamos, de a uno, los pies helados. Numerosos fotógrafos obturaban sus máquinas. "Supongo que será la policía, no pueden evitarlo", pensamos. El enorme ataúd y la placa en bronce que identificaba, en la tapa del féretro, al escritor, se fueron cubriendo de flores. Ni una palabra, nadie atinó ni quiso decir nada, los discursos fúnebres, suntuosos e inútiles, no surgieron. En el mármol, una inscripción, por ahora: Carol Dunlop, 1942-1982. Y sobre ella, antes que se inscribiera Julio Cortázar 1914-1984, se levantaba un símbolo, sin duda planeado por el mismo Julio para la tumba de la mujer que tanto amó: unas nubes grises, kitsch junto a un óvalo blanco, una cara con los ojos cerrados, casi sonriente. "Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma", acaso le dijo Darío en sus últimas noches. Y él pensó en su Buenos Aires, o en sus amores, ya remotos. ¿Quién lo sabrá?

" Finalmente se decidió desconectar el contestador telefónico porque la voz de Julio decía: "Le ruego dejar su nombre y su teléfono durante mi ausencia. Le responderé en cuanto regrese". Habría que probar.

Y creo que habría que cerrar estas líneas, con lo que la madre del escritor me comentó en Buenos Aires, en junio de 1984: "Mire, para mí, mi hijo no murió. Para mí sigue en París, escribiendo. Y no lo veo, como desde hace tantos años. Su última visita fue una excepción. Sí, yo creo que sigue escribiendo en París".

Inés MALINOW

Pierre MERTENS

T O U S L E S J E U X L E J E U